

NUMEN

Semanario de Arte, Sociología, Actualidades y Comercio

Es Propiedad

20 cts.

DIRECTORES:

Juan Egaña y Santiago Labarca

Administrador: González Vera

Toda correspondencia debe ser dirigida a Casilla 3323. — SANTIAGO
Santa Rosa 393-399

EDICIÓN DE 12 PAGINAS

20 cts.

AÑO II

SANTIAGO DE CHILE, NOVIEMBRE 15 DE 1910

NUM. 31

ANTAÑO Y OGAÑO



En tiempo de las bárbaras naciones
colgaban de una cruz a los ladrones.

Pero, hoy, en el siglo de las luces,
del pecho del ladrón cuelgan las cruces.

Arte y Estudios

La Sonrisa de Queiroz

El vapor ha dado al aire claras campañadas.

Lisboa está frente a nosotros, soledad, risueña, con sus montes verdes y su alta torre de Belem.

El puerto es una herradura luminosa, engastada de "janelas" esmeraldas; como si fuese un alfiler de bisutería prendido en la corbata azul de Atlántico...

Varios pasajeros hemos decidido irnos a tierra en una lancha pintoresca. Hay mayor encanto en esta barcaza de vela color naranja y olor a sardinas que en esas trémulas lanchitas a vapor. Además, esta barca tiene un viejo remero de abiertas patillas canas, una virgen tallada en la proa; y un nombre de mujer en la popa: "Paulita". ¿Será su mujer o su hija?

"Paulita" nos lleva cadenciosamente con la vela hinchada como un seno. Yo sumerjo la diestra en el agua azul y fresca y la llevo a mis labios para gustar la sal. Sobre la rústica imagen de la Virgen, pintarrajeada de azul, se ve alzarse una ola que la viste de encajes. El sol de la tarde se fragmenta en los cristales y catifes, junto al puerto, en girones que semejan alas de pájaro.

Hemos saltado de la "Paulita" — fornida pescadora— al muelle, en el que se agitan "manchos" de hoteles, granujas y vendedores. ¿Cuanto tiempo vivirá en Lisboa? No lo sé. Su aspecto de capital provinciana, su inseguridad hipotélica y este sentido familiar del vivir son deliciosos sedantes.

Pasan días amables, ligeros; no pienso en nada y me entrego de lleno a una pereza rítmica.

Vivo en un hotel de la Praça de don Pedro; como de vez en vez en el Sítio; como el café, después de cenar en "Rocio" y mato las noches en los "cinemas".

Es una estagnación burguesa, de remanso; como si me olvidase, entretamente, de que soy un viajero nervioso.

Por las tardes, hace un calor que amodorra; duermo la siesta y, a eso de las seis como un calesa de hueso verde y ruedas amarillas, que yo paso, nunca me lleva más allá del Arco de Bandeira.

Vago por Lisboa con una sonrisa que me desconozco. Yo la llamo "mi sonrisa de Queiroz". Es un pleguicillo burlesco, un fuego irónico que enciende en mis labios un mohín disipante. Nunca he sentido, como ahora, este deseo de sonreírme de todas las cosas.

Sin duda, no puedo ver Lisboa sin los anteojos de Eca de Queiroz. Es algo imperativo, absorbente, que me desmaye el deseo de substraherme...

Una mañana voy al cementerio. Deseo quebrar mi sonrisa antipática entre cipreses. Leo en la tumba de Camões:

"Aquí las Luis Camões, príncipe de los poetas, vive su tiempo; vino pobre o miserablemente, e así moro..."

Le imagino pobre, tuerto, pulsan-

do su lira de Homero lusitano y coniro líricamente.

De vuelta a la ciudad en el "Carro de ferro" estoy sentado junto a una mujer vestida de negro, regordeta, de sendos lunares en las mejillas. La miro y sonrío. Es la viuda de Marquez. La que le lavaba la caspa al teniente Concelos, con clara de huevo. Y así fantaseamos entre, voy tropezando con personajes queirozianos.

Este hombre esbeto, delgado y meditativo es quizá el hombre calligráfico que tocó la campanilla y mató al mandarín.

Esta mujer, seca amojamada, que discute en la puerta del mercado, es Juliana, criada de la prima de Basilio...

Lisboa es amable. Tiene aspecto de una de esas salas de confianza en las que se juega a la lotería y se beben copitas de mistela.

Yo estoy encantado, pero sigo sonriendo.

El tren va a Cintra. El revisor es un hombre gordiñón que me avoca a aquel que en "La ciudad y las sierras" recoge revistas pornográficas de París.

He vueltos los ojos al paisaje para huir de Eca de Queiroz...

Entre verdes campañas, subrayadas por hilos telefónicos, pasan blancos pueblecitos: Cruz da Pedra con sus zarzas vistosas y unas vacas; Belem con la torcida espadana de una iglesia; Rio de Moura, con alcornocos, esterros y cerdos jarcos.

Vagando por las calles prietas de Cintra mi espíritu ha gozado de una tarde clara y aromática.

En una traviesa, he oído cantar a una blanchadora que apoyaba su seno en la plancha como para dar un beso. Entre las torcidas espadanas, una mujer morena y fachendosa me llamó desde un portal; y unos arraplezos, de color aculeitum, me ofrecieron una golondrina por un puñado de reis.

La noche me sorprendió visitando el castillo da Pena. Latta en mi una sensación de arte y epeyosa sergierda por el palacio blanco coigado entre pinos.

Entré en Cintra, orientándose por sitios desconocidos. Consulté a una policia, el que no debió comprenderme pues se echó a reír.

Aplicé a mi "sonrisa burlesca", y entré en la tienda de un sastre. Respondió galante, y me hizo acompañar al Hotel por una costurera. Una muchacha, espiñada, donatrosca, que se fue andando, dos metros más adelante, muy serlicita y sin cruzarme la palabra.

Yo seguía su andar menudo, sonriendo.

Al pasar por una plazuela vimos salir de un portal a un sacerdote revestido y a un monacillo con un cetro ardiendo.

Alguien se moría dentro de aquella casa. Me descubrí entre el Vitícolo y la obrerita se arrodilló mantiguándose.

Penetramos en una calle desierta. El cuerpo de la modestilla fase do-

blando sobre los muros blancos de luna.

De pronto la muchacha lanzó un grito nervioso y se detuvo. Un pelo negro bailaba acercado olfateándole las plernas.

"No tenga Ud. miedo" exclamé. Y amenacé al perro con el bastón. Pero el animal no huyó; vino hacia mí, humildemente, me olfateó y se puso a aullar.

La costurera repuesta de su asombro se echó a reír en un gorgorito, cristalino, pero yo sentí, en las comisuras de los labios, cómo se desahacía "mi sonrisa".

Tengo varios amigos que todas las tardes, en esta Confeitaria de la Rua Aurea, me van indicando la vida y milagros de las mujeres que pasan. De estas semblanzas de hembras necias o escandalosas tan sólo me interesa la de esta morena pálida de formas admirables.

Lleva vestidos obscuros y ceñidos, zapatos de seda; tiene un lunar junto a la boca, y sonríe blanca y gradatamente.

—Esta mujer es la esposa de un ciego", indica uno de mis amigos.

—"¡Vaya un capricho!" insinúa.

—"No, el coronel Barreiro no era ciego cuando se casó. En la revolución contra el rey fué herido en la frente; recibió la vida pero perdió la vista..."

—"Ahora es un desgraciado" — dice otro. —"Está locamente enamorado de su mujer, y según dicen, ésta le engaña con todo el mundo".

Y me cuentan detalles conmovedores.

No ha mucho Barreiro, enterado de las perfidias de su esposa, intentó matarla.

Pero ella huyó a casa de sus padres.

Al día siguiente el ciego fué a pedirle perdón de rodillas, a suplicarla, sollozando como un niño que volviera al hogar. Ella no es mala; le quiere, le mira, pero no puede serle fiel. Necesita, sin duda, de unos ojos que gocen su belleza. Las manos de Barreiro, tentaculares sobre su cuerpo, no pueden expresar tan plenamente el deseo como unos ojos encendidos de admiración.

Yo advino el martirio de esta mujer que vé el amor del esposo temblando en unas cuencas vacías y en unas manos agoniosas.

Miro mis ojos en un espejo; contemplo los ojos negros, pardos, caudados y zarcos de mis amigos.

Amar a obscuras es hermoso, para después mirarse en la cara. Es tan bello retratarse en los ojos y verse reproducido dentro de los cristales como en dos miniaturas gemelas. (Pero amar siempre a obscuras es de una monotonía monstruosa)

Y comprendo que ella sea infiel. Cuando una mujer está casada con un ciego todos los hombres la miran con mayor ganancia e igualdad. Es un sentimiento de equidad, oculto, inconsciente, que hace de todas las miradas una devolución de los ojos perdidos...

Augusta Gonçalves, estatuera de la rua do Crucifixo, subirá esta noche al escenario del "Dourado" a cantar las romanzas Italianas.

Los cartones anuncian el estreno de la nueva tiple en grande caracteres verdes y bermejos. La "extimia cantante", hasta ayer

ignorada entre cerillas y tabaco de la Habana, será una "gloria do nacional" según el crítico musical de "O

La rua do Crucifixo no es ni muy larga ni muy ancha. Augusta la ha dominado, desde la trastienda de la tabaquería cantando "fados" que aprendió a las orillas del Miño.

Su voz potente y clara asombró al mancebo de la farmacia, al peluquero del entresuelo y a un chanchero de Belem.

Comprando cigarrros y manoseando postales, fueron regalándole los oídos a la estatuera.

La Gonçalves, viuda y libre, le invitó a su salita y allí le brindó dulces, cepas de operto y omelettes de la tierra; «entre muchas aquellas tan en boga:

"No olvides que en Lisboa triste te espero..."

Alguien habló a un periodista republicano; está éste del operto y de los "fados" y tal fué su entusiasmo que inició el reclamo de Augusta.

Yo he querido asistir al estreno de la Gonçalves... He visto su retrato y me ha parecido simpática, pese a su corpulencia.

La sala está ahita de un público dominiguero, que carraspea ansioso. Las escenas de una comedia transcurrieron, ya apagadamente.

El espíritu colectivo ha hurido su entusiasmo, temeroso de gastarse. Conserva todo su expectación para la tiple.

Se alza el telón y la "diva" aparece ante la concurrencia. La escena está dispuesta para conlerto: un telón finge un jardín, al fondo; al centro una butaca de peluche y a la derecha un plano de cola. El pianista es un hombre cenceño y borroso.

Augusta Gonçalves avanza, magestoso, inclinando variás veces un pecho blanco que surge de su peinado.

Es morena y corpulenta. Luce un vestido de raso color canela y lleva guantes blancos que le entorpecen las manos.

El pianista anuncia una romanza de Cirilín.

Augusta mira a todas partes con unos oídos bobos que parecen pedir perdón y se despoja de un guante, dejando al descubierto una mano morena como el tabaco. Ha creído necesario desnudar la diestra para llevarla al corazón en las notas piancancas.

Carta, canta, hinchándose, entrojeciendo.

El público se extremase, porque la voz de Gonçalves es clara, muy clara, pero tan ineducada, tan salvaje en el sentido físico, que se alfeja y desciende como lo haría el agua de un surtidor cerrado y abierto a capricho.

Nadie aplaude; del paraíso viene un rumor de ola que se deshace entre un siseo de buena y voluntades.

El pianista, inmutable, sonriente, anuncia otra romanza.

Augusta se abanica nerviosamente; fose despacto y, torturando el guante, alza los ojos al cielo. Su seno, estremecido como un fuelle, amenaza desbordarse del escote.

Canta. De pronto, la voz se obscurece, se alгодina; intenta hacerla clara y alta, pero se desgarga en una nota áspera y destemplada.

Como una pieza de arteficio que asiente cual rúbrica de fuego pa...

La Goncalves pallidos, se lleva las manos al corazón y tartalea alg...

He cogido mi sombrero y he salido del teatro.

"¿Canallas, canallas..." he murmurado.

"¿Por qué no la he oír cantar sus "fadós", de la orilla del Miño...?"

Y talvez, con lágrimas en los ojos, muy para ella, como si cantase a la gloria esquilva.

E. Garrido Merino.

Oporto, Octubre de 1913.

Meditación en el Crepúsculo de Oro

(Buscáis un reposo, amigas hermanas, ¿dónde? ¿en la tierra...?)

¿Pueden los grandes, los generosos que pueden dar el sangre, para todos los débiles; agua cristalina de sus lágrimas...

rente Ilgrana irisada de su llanto... Y arriba, el suave batir de sus manos...

Cuando la lucha abre en nosotros otra, nueva herida, ellos vienen a otros lícitos y depositan blandamente sobre la llaga el unguento piadoso...

Uno, deja, a la tarde, la fiaca y va a la Claterna, en la noche y alarga cuencos de agua lunada a las tristes sombras extenuadas...

Otro está cortando optimas espigas espirituales, fragante, y dándolas con magno ademán...

Otro, corta flores mil y llena, desborda los regazos amantes... Y así, todos ellos. Dan, dan siempre...

Estará aquí, hoy en adelante el lugar de nuestro espiritual reposo: el prodigioso jardín de sus sueños...

Brumario.

Valparaíso, XI-1913.

Conversando con Dn. Enrique Soro

Estreché su mano blanda, de muchacho regañón, y tomé asiento. Soro sonreía con liviana sonrisa de inofensiva ironía íntima...

ción suya, todas las bocas exclamaban tal en los preféritos tiempos románticos: genial, colosal, piramidal... Pero.

"¿Podría decirme Ud. por qué demonios es tan perseguido el Conservatorio?"

"No, señor, ni gato, que no lo denigre, y hoy por X, mañana por X, a todas horas se incuba una campaña contra él..."

"¿Causas? Muchas: alumnos fracasados, profesores disgustados, rivalidades personales..."

"Por suerte son muchos carecen de transcendencia. Los peores destructores del Conservatorio hay que buscarlos entre los candidatos al puesto de director..."

"¿Pero volverán...? Por mí, voy hacia el futuro serenamente; mi espíritu no teme el camino difícil..."

"Yo confío, confío... y trato de mirar sonriendo de optimismo los senderos por recorrer, ¿quién puede de medir todo lo que tenemos derecho a esperar?"

Mientras Soro habla mi mente bala muy lejos una zarabanda de preguntas, ajenas en absoluto a la disertación del maestro.

"¿Es verdad que Ud. se ha declarado enemigo del modernismo?"

"No soy enemigo de nada en arte; pero a condición de que sea arte..."

Amo lo nuevo en todo, comenzando por las ideas, y continuando por los procedimientos... creo que el artista tiene el deber de buscar siempre rumbos vírgenes; temas, desarrollos, modulaciones, pudiendo llegar hasta lo más inspirado...

ne o no se tiene... Aquí cuando se ejecuta un trozo donde la potencialidad creará precipita generosamente la continuidad de sus olas melódicas...

"—A la Italiana... Con que superficial facilidad se dice ésto... Nadie más ocupado en melosías que Wagner..."

"Habla tranquilamente, sin el énfasis que le suponen sus enemigos, sin ser poco acedo que pudiera haber precipitado en sus palabras el recuerdo de imcompensadas e intransigencias que aún aletean..."

Me despedí... Y al estrechar de nuevo su blanda mano de muchacho regañón, miré hacia adelante, tratando de formar el matiz vibrante de la Estinge... Arrebujada en un imprevedibilidad la Estinge sonreía, sonreía...

Fernando G. Oldini.

La Pluma

Con muchísimos sacrificios, los redactores de esta publicación lograron publicar cinco números; pero en este último tiempo, ha sido imposible continuarla debido a la falta de fondos y también de colaboración.

En la imposibilidad de continuarla, sus redactores se han llegado a un acuerdo con los directores de Numen, por el cual "La Pluma" se fusiona a esta revista.

En consecuencia, desde ahora las suscripciones a "La Pluma" serán servidas por "Numen."

Los suscriptores que no acepten esta fusión, pueden escribir a la casilla, a fin de remitirles lo correspondiente a los números no publicados.

(Firmado) González Vera, Juan Egoña.

Y dolor, dolor, dolor...

Con este título aparecerá próximamente un libro de versos de

Fernando G. Oldini